

El ensayo, un estilo de pensar y decir: Entrevista a Liliana Weinberg

The essay, a literary style of thinking and saying: Interview
with Liliana Weinberg

EDUARDO CESAR MAIA

Recibido: 17-Julio-2014 | Aceptado: 2-Diciembre-2014 | Publicado: 19-Diciembre-2014

© El autor(es) 2014. | Trabajo en acceso abierto disponible en (✉) www.disputatio.eu bajo una licencia *Creative Commons*.

La copia, distribución y comunicación pública de este trabajo será conforme la nota de copyright. Consultas a (✉) boletin@disputatio.eu

EN LA SIGUIENTE ENTREVISTA, LILIANA WEINBERG investigadora mexicana, nos habla de los orígenes históricos del ensayo, señala algunos posibles precursores, discute las principales características que identifican a este tipo de escritura e intenta mostrarnos que ésta está muy bien adaptada a nuestros tiempos, dichos «postmoderno». Liliana Weinberg (Buenos Aires, 1956), es Doctora en Letras Hispánicas por el Colegio de México e



Investigadora Titular en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México, en donde se ha especializado en el ensayismo hispanoamericano. Su andadura académica está entre lo literario y lo filosófico. Entre su vasta producción bibliográfica cabe mencionar: *Metodología de la crítica literaria* (UNAM, México, 1997); *El ensayo, entre el paraíso y el infierno* (FCE, México, 2001); *Umbrales del ensayo* (UNAM, México, 2004); *Situación del ensayo* (UNAM, México, 2006), *Pensar el ensayo* (Siglo XXI Editores, México, 2007), *El ensayo en*

busca del sentido (CIALC, México-Berlín, 2013), y *Biblioteca Americana. Una poética de la cultura y una política de la lectura* (FCE, México, 2014). Para conocer en detalle su trayectoria académica se puede consultar su página electrónica: <http://liliana-weinberg.com/>

1. ¿Es posible determinar con precisión el origen histórico del género «ensayo»?

Considero que Michel de Montaigne es el instaurador por excelencia del género. Un auténtico «instaurador de discursividad» en el sentido foucaultiano. Si bien pueden rastrearse muchos antecedentes del ensayo en la prosa no ficcional —y algunos críticos, como Lukács, consideran que ha sido Platón mismo el primer gran antecesor del ensayo—, sin duda quien hace las operaciones discursivas decisivas para el género es Montaigne.

2. ¿Qué características pueden determinar si un texto es o no un ensayo?

El ensayo es prosa de ideas, escritura de interpretación, estilo de reflexión, que nos ofrece una perspectiva del mundo y participa al lector, como decía Ortega, de nuevas maneras de ver las cosas.

El primer rasgo que lo caracteriza es que se escribe desde un yo que piensa y siente el mundo. El ensayo está siempre firmado, porque evidencia responsabilidad por la palabra. Lo que buscamos en el ensayo es un estilo del pensar y del decir, un modo expresivo, una escritura, un tono conversacional, incluyente del lector. En él hay una apasionante combinatoria entre el factor personal, *subjetivo*, y el interpersonal, *sujetivo*. El ensayo es un género que, para decirlo con Pierre Glaudes, resulta a la vez «egoísta y cívico», en cuanto vincula lo íntimo, privado, particular, peculiar, propio de un autor, con un alcance general, destinado a interpretar y valorar distintos aspectos del mundo, conversar con los lectores y no sólo convencerlos sino seducirlos, acercarlos no sólo a las ideas sino también a la escritura.

Cuando nos acercamos al ensayo, buscamos una visión o una versión de distintas cuestiones desde el punto de vista personal. Como dice Adorno, en el ensayo no sólo se representan temas, problemas, contenidos, sino el proceso mismo de pensarlos por parte del ensayista y el modo de participarnos a nosotros, sus lectores amigos, su proceso de pensamiento: convencernos, hacernos partícipes, amigos a los que —como en una conversación— debe a la vez saber convencer y seducir con sus intuiciones, mostraciones y demostraciones.

El autor se hace responsable de su palabra y asume hasta sus últimas consecuencias todo un estilo de escribir y de pensar. Por ello firma el ensayo, y asume así la responsabilidad por la palabra.

Algunos lectores pueden hacer un abordaje superficial, pragmático, instrumental, interesado, cosificador, del ensayo, que sólo busque unidades informativas o atienda sólo a los contenidos. Por ejemplo, puedo leer *Casa grande e senzala* porque quiero extraer datos sobre una cierta etapa de la vida del Brasil. Hacerlo así implicaría un tipo de lectura que Paulo Freire —y después de él José Luis Gómez-Martínez— consideraba instrumental, «bancaria», interesada. Pero también leemos ensayo para alcanzar una experiencia plena, desinteresada, conversacional, interpretativa, que nos permita atender a la escritura, el estilo, la experiencia estética y ética plena del ensayo, al modo que tiene el ensayista de ver el mundo, interpretarlo y predicar sobre él. Regresando a mi ejemplo, puedo leer a través del ensayo de Gilberto Freyre un modo de interpretar la vida del Brasil, de descubrir estratégicamente ciertas zonas de la cultura que pueden ser clave para apoyar dicha interpretación. Este tipo de lectura es la que a partir de Paulo Freire y Gómez Martínez podemos denominar «humanística». De este modo, puedo llegar a ver cómo gracias al prodigioso enfoque de Gilberto Freyre la «casa grande» y la «senzala» se convierten en un par de opuestos que establecen entre sí una relación dialéctica que acompaña la interpretación de una matriz cultural básica del Brasil, y funcionan en varios niveles a la vez: literalmente, como formaciones culturales descriptibles por un historiador o un antropólogo, pero también metafóricamente, incluso como personificaciones y como claves capaces de condensar diversos niveles de sentido.

3. Un valor filosófico central en la modernidad fue el de la «certeza». El ensayo, sin embargo, se caracterizaría por no garantizar nada ni tampoco por agotar los temas. ¿Cómo el ensayo pudo desarrollarse sin tomar en cuenta esas «reglas» filosóficas?

Precisamente un tema que me obsesiona es el de la buena fe y la verdad en el ensayo: ¿El ensayista habla de buena fe o de mala fe? ¿El ensayista busca la verdad? ¿Y de qué tipo de verdad se trata? Porque no es en efecto una certeza de corte positivo, o una verdad popperianamente falseable. En primer lugar, como dice Tomás Segovia, el ensayo se nutre precisamente de esa inadecuación básica entre verdad y sentido en el lenguaje. Es una permanente búsqueda de sentido guiada por una fidelidad a la verdad: empleando una imagen muy

expresiva, Segovia dice que la verdad no es ni la inquilina ni la casera del lenguaje, ni la arrendadora ni la arrendataria: es su garante. El ensayo lidia con la verdad en un mundo hecho valor, hecho sentido.

Por otra parte, a diferencia de lo que demanda la lógica que persigue univocidad y desambiguación, el ensayo trabaja con las lenguas naturales, y es desde adentro de ellas como busca sentido: dentro de la ambigüedad y la polisemia.

El uso del lenguaje que hace el ensayo no es meramente instrumental, no aspira sólo a fijar significados en un dominio recortado de la realidad, como lo exigen por ejemplo las posturas positivistas y científicas, sino que se aprovechan los niveles expresivos, figurativos, simbólicos, como se aprovechan las operaciones poéticas, para desplegar el sentido y religar dominios.

En mis clases, cuando procuro mostrar la diferencia entre discurso científico y discurso ensayístico, siempre evoco ese momento en que Florestan Fernandes, ese gran sociólogo autor de obras como los *Fundamentos empíricos de la explicación sociológica*, de 1960, al mismo tiempo que declaraba que había empezado la gran era de las ciencias sociales duras, tomó *Casa grande e senzala* e hizo una segunda declaración: esta obra es un gran «antecedente» del conocimiento científico de la sociedad, y tras decir esto la guardó en un cajón de su archivero. El ensayo de interpretación fue convertido, en el momento de normalización de las ciencias sociales, en un abuelo venerable pero que debía mantenerse callado y tratado como familia lejana: un antecedente impresionista, un pariente incómodo... Y sin embargo... Sobrevivió a la propia crisis de las ciencias sociales.

Tampoco debemos olvidar que varios de los más grandes ensayistas, desde Bacon y Locke, inauguraron desde muy temprano esa corriente genial que se dedicó a la indagación del lenguaje y el conocimiento.

Por otra parte, el problema de la «certeza» nos instala también en otro gran campo de discusiones, como las que se comenzaron a plantear, desde la propia filosofía analítica, a la esfera del arte y la literatura. Por ejemplo, un autor como Danto, preguntándose si los enunciados de gusto son verdaderos o falsos, planteando que siempre hay una teoría preexistente a cualquier práctica en el mundo del arte, planteando el problema de los enunciados a la luz del campo de sentido en que se insertan, etc. Y ya que menciono estos términos, hay una discusión muy profunda a tomar en cuenta entre quienes identifican significado y sentido y quienes los diferencian. Yo me adhiero al segundo grupo.

4. Muchos pensadores (como Ernesto Grassi u Ortega y Gasset) apuntan un vínculo fuerte entre el ensayismo y la tradición del pensamiento humanista. ¿Está Ud. De acuerdo? ¿Qué tipo de relación es esa?

Estoy de acuerdo. El surgimiento del ensayo coincide en buena medida con el proyecto humanista: una recuperación de las fuentes clásicas, releídas con un enorme interés de traerlas a presente y hacer conversar a los grandes muertos griegos y latinos con los vivos que quieren incidir en la conciencia humana. En el ensayo se evidencian muchos de los rasgos del mejor humanismo: mayor interés por el hombre, reconocimiento de la historia como disciplina formativa, renovado interés por la lectura y el libro, apropiación de las fuentes con un sentido de presente, enorme atención a los valores e interés por la redefinición del conocimiento humano. El ensayo surge en un momento clave, en que coincide la expansión del humanismo europeo, así como también su entrada en crisis. Philippe Desan se refiere a este momento como aquél en que «la manzana dorada» del humanismo comienza a ser horadada por «el gusano» de la crisis que habrá de desembocar en el desencanto barroco (guerra, violencia, hambrunas, epidemias, constituyen la cara oscura del luminoso humanismo). Agreguemos que en rigor el propio padre de Montaigne fue quien «importó» a partir de su visita a Italia muchas ideas humanistas, que trató de aplicar en su propio hijo, a quien, por ejemplo, hizo educar por parte de un maestro alemán que lo instruyó en latín y le hizo conocer las lecturas de los grandes autores clásicos antes que las que provenían del francés. En suma: que el ensayo no sólo es fruto del humanismo, sino de la crisis del humanismo, y este elemento lo hace doblemente apasionante.

5. Pensadores importantes de la filosofía occidental, como Platón o Descartes, mostraron desprecio por el uso retórico del lenguaje. ¿Qué tipo de valor filosófico y gnoseológico puede tener el género? ¿Y porque fue tan menospreciado por la tradición filosófica «oficial»?

Montaigne inaugura también con el ensayo la crítica de la retórica tradicional que funcionaba en un modelo de mundo que entraba en crisis. He dicho varias veces que en el Renacimiento el conocimiento baja del cielo a la tierra, desciende de Dios a los hombres, y el mundo humano se convierte en el nuevo eje del saber: en este despuntar del antropocentrismo el ser humano se siente más frágil y más fuerte que nunca: más frágil, porque ha visto derrumbarse todo un orden del conocimiento y su propio lugar en él, pero más fuerte, porque por primera vez se siente capaz de construir él mismo conocimiento. Se abren

compuertas a un nuevo modo de argumentación que implica no partir autoritariamente de lo que se tomaba como certeza revelada e indiscutida, sino ir en busca de ello. El ensayo es fruto de la expansión de las lenguas naturales, del registro cotidiano, conversacional, así como de la exploración de nuevos niveles de la vida que hasta el momento estaban congelados en la metafísica: el mundo de los valores, la moral, la política. Al surgir estos nuevos niveles de la realidad, temas y problemas que nadie había advertido, se construye una nueva forma de conocimiento fuera de la *doxa*, para-dóxico, porque entre otras cosas los valores deben ser repensados, los modos del conocer y del convencer deben ser repensados.

El propio Montaigne emprende una revisión y una fuerte crítica de la retórica, porque considera que en su época el conocimiento está enredado en sus propias discusiones y no permite asomarse al mundo. Montaigne dota a la prosa de una claridad, una amenidad, que aún hoy nos sorprenden y seducen. Y además incorpora nuevos elementos conversacionales: ve en el diálogo una forma límpida, abierta, de ir en busca del conocimiento y de la evaluación moral de la sociedad.

6. ¿Qué papel juega la metáfora en el conocimiento filosófico?

Por mi parte siempre he considerado la metáfora como una figura ligada a aquello que los antropólogos estudian como «participación», esto es, la posibilidad de enlazar mundos y realidades diversas a través de la postulación de una relacionalidad y una afinidad calificada entre mundos y niveles en apariencia diversos e imposibles de combinar. El ensayista amplía las dimensiones de lo nombrable y lo inteligible; dice de manera nueva cosas nuevas pero también se atreve a establecer relaciones impensadas por otros actores culturales. Me gusta decir que el ensayista convierte los temas en problemas y los problemas en temas.

Coincido también con quienes ven en las metáforas la posibilidad de modelizar la realidad: aquí también nos acercamos al quehacer del ensayista.

7. ¿Es posible hablar de tradiciones ensayísticas diferentes de acuerdo con épocas o países? ¿O más bien el género tiene una histórica única y continuada?

Así como Renato Ortiz se pregunta si es posible hablar de una o de varias Américas Latinas, también es posible preguntarse si hay que hablar de ensayo o ensayos, y examinarlos en efecto a la luz de distintas tradiciones. Por ejemplo,

considero que la tradición latinoamericana del ensayo no coincide con la peninsular. Por empezar, veo en el Padre Las Casas un antecedente del género, que se constituye como tal precisamente en cuanto Las Casas toma una distancia crítica de la cultura en la que él mismo nació, ahora convertida en cultura de conquista, y la denuncia. Por otra parte, el ensayo latinoamericano del XVIII tiene una enorme cercanía con el ensayo de la Ilustración, y la riquísima prosa de la independencia se nutre de autores como Voltaire, Rousseau, así como también de la prosa que empieza a circular desde la Francia revolucionaria y las ex colonias norteamericanas. Así, por ejemplo, Filadelfia — donde confluyen activistas, editores y exiliados— se convertirá en un lugar central de traducción, publicación, expansión de ideas. La imprenta, el periódico, las cartas, son elementos de la materialidad y sociabilidad de la escritura fundamentales para entender nuestra propia prosa de ideas.

8. ¿Hay espacio para el ensayo en el ambiente filosófico postmoderno?

No sólo hay espacio, sino que incluso gran parte del modo en que se plantea el pensamiento postmoderno es ya en sí mismo ensayístico. Sin embargo hay cambios importantes entre la concepción moderna del ensayo en cuanto al régimen de verdad y ficción, o al régimen de subjetividad, etc., y sobre todo en cuanto al concepto mismo de verdad, que han variado mucho —a mi modo de ver de manera excesiva— en la posmodernidad. Y desde mi perspectiva esto debe repensarse.

Desde que el lenguaje deja de ser contemplado sólo como instrumento de la filosofía y se convierte en gran campo de reflexión y de experiencia, o desde que la crítica de la cultura y de los valores ingresan con pleno derecho como instancias filosóficas de la mayor importancia, el ensayo deja de ser algo ancilar para convertirse en central. Pienso en ejemplos de esto como *La isla que se repite*, de Benítez Rojo, y en general de la gran oleada de estudios que desde el Caribe han renovado la discusión del ensayo. ¡Glissant, Walcott! Yo misma he tenido la fortuna de publicar por primera vez en español ensayos como el que Fernando Coronil dedicó al *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, de Fernando Ortiz, y allí puede verse claramente cómo se dan los puentes entre el ensayo moderno y el posmoderno. Me ha interesado también ver cómo categorías de análisis tales como la «transculturación» acuñada por el propio Ortiz o la «ciudad letrada» de Rama fueron claves en el tránsito entre las discusiones del campo latinoamericano y el norteamericano cuando se abrían paso los estudios poscoloniales y en general las lecturas de la posmodernidad.

Considero que con Nietzsche se abren las compuertas que dividían filosofía y literatura, y el ensayo alcanza una nueva etapa en la cual ya no pueden separarse a la vez la dimensión epistemológica y la creativa. Y dada la deuda del postmodernismo con la revuelta nietzscheana, es posible advertir que Derrida, Said, Lyotard, Deleuze, son grandes ensayistas ellos mismos.

9. ¿Quiénes son los grandes ensayistas hoy en día?

Aquellos que son capaces de llevar el ensayo a dimensiones creativas y críticas cada vez más audaces y sugerentes. Aquellos que siguen intentando reunir mundos y quehaceres en este momento de especialización y cosificación. En América Latina contamos con figuras clave como Borges, Lezama Lima, Sarduy, Paz, Zambrano, que establecieron nuevos vínculos y cruces entre ensayo y ficción, ensayo y narrativa, ensayo y poesía, ensayo y filosofía. O narradores que desde la novela se acercaron abismalmente al ensayo, como Clarice Lispector. Y entre quienes llevaron la propia crítica a nuevas dimensiones que superan en mucho el ejercicio meramente profesional para honrar la lectura y la interpretación, cómo no pensar en el propio Antonio Candido o en Ángel Rama, quienes además habían comenzado a tender puentes entre Brasil e Hispanoamérica.

Pienso en el ensayo sociológico de Renato Ortiz. En los cruces entre arte, estética y literatura por parte de John Berger. En el rescate de la experiencia estética por parte de Muñoz Molina. En los luminosos ensayos críticos —que él provocativamente llama «formas breves»— de Ricardo Piglia. En la relación entre ensayo, moral y crítica política de Tomás Segovia. En los ensayos de poética histórica de Derek Walcott. Y acaba de morir mi admiradísima Nadine Gordimer, gran novelista, gran activista sudafricana en contra del apartheid, y también gran ensayista. Y cito sólo unos escasos nombres de una nómina infinita, a partir de los textos que yo misma más transito como lectora.

DISPUTATIO

Philosophical Research Bulletin
Boletín de Investigación Filosófica

INFORMACION EDITORIAL DEL TRABAJO

INFORMACIÓN DEL AUTOR | AUTHOR AFFILIATIONS

Eduardo Cesar Maia es Profesor en la Universidade Federal de Campina Grande, Brasil. Doctor en Teoría Literaria en la Universidade Federal de Pernambuco. Dirección Postal: Rua Aprígio Veloso, 882 – Campus Universitário, Campina Grande 58429-900, Brasil. Email: eduardocesarmaia@gmail.com

INFORMACIÓN DEL TRABAJO | WORK DETAILS

[Artículo. Original] Licencia: CC. Con permiso del autor. Publicado como:

Maia, Eduardo Cesar. «El ensayo, un estilo de pensar y decir: Entrevista a Liliana Weinberg». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin*, Volumen 3, Número 4 [Diciembre de 2014], pp. 273–280. ISSN: 2254–0601.

Separata: No. Reedición: No. Traducción: No. Licencia: Con permiso del autor.

INFORMACIÓN DE LA REVISTA | JOURNAL DETAILS

Disputatio. Philosophical Research Bulletin, ISSN: 2254-0601, se publica anualmente, bajo una licencia Creative Commons [BY-NC-ND], y se distribuye internacionalmente a través del sistema de gestión documental GREDOS de la Universidad de Salamanca. Todos sus documentos están en acceso abierto de manera gratuita. Acepta trabajos en español, inglés y portugués. Salamanca – Madrid.

E-mail: (✉) boletin@disputatio.eu | Web site: (🌐) www.disputatio.eu